

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa de la Decanatura Cultural de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles y organizaciones gubernamentales.

Este número 100, es una antología de Manuel Mejía Vallejo, seleccionada por Miguel Méndez Camacho, para esta colección, bajo el título: *Memoria del olvido*.

Edición

10



MANUEL MEJÍA VALLEJO

*Memoria del olvido*

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA  
DECANATURA CULTURAL

2014

ISBN 978-958-772-

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2014  
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia  
Tel. (57 1) 342 0288  
dextensionc@uexternado.edu.co  
www.uexternado.edu.co

*Primera edición*  
Marzo de 2014

*Ilustración de cubierta*  
Dibujo de Manuel Mejía Vallejo

*Diseño de carátula y composición*  
Departamento de Publicaciones

*Impresión y encuadernación*  
Nomos Impresores

Impreso en Colombia  
*Printed in Colombia*

Consulte nuestros poemarios publicados  
durante 10 años en [www.uexternado.edu.co](http://www.uexternado.edu.co)

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao  
Rector

Miguel Méndez Camacho  
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango  
Coordinadora General



## CONTENIDO

Memoria del olvido (verso libre) [9]

El viento lo dijo (décimas) [39]

Soledumbres (coplas) [57]

Prácticas para el olvido (coplas) [65]





# MEMORIA DEL OLVIDO



Ese aire de entrega  
que siempre te acompaña, amor:  
ese recoger los labios  
para besar el aire o un recuerdo;  
ese andar lento  
como si estuvieras desnuda  
o dormida  
al compás de un sueño blando;  
ese decir *te quiero*  
con la boca cerrada.

El hombre se acostumbra  
a su costumbre,  
a su diario morir,  
a la sonrisa de borde fatigado.  
A todo se acostumbra el hombre,  
menos al amor.

De niño  
encerraba en mi cuarto  
el silbo de los pájaros,  
y el rumor de unas huellas  
en el pasto.

Todo cabía en mi silencio  
recién recuperado.  
Abrir la puerta  
era la soledad.

Si hemos de viajar  
llevemos al lado  
algo de nuestra propia noche  
para que no extrañen  
su ámbito los sueños  
que juegan  
a equivocarse nuestro destino.

Un silbo de turpial, tan alto,  
que el mismo silbo  
creó al pájaro.

Cuando el turpial voló,  
su silbo  
prolongó, ya sin final,  
la tarde.

Vamos en fila india hacia la muerte,  
en fila india vamos contra ella.  
Quizá vivir es solo  
un vicio  
que curará la ausencia.



Hay quiénes tienen soledades de juguete  
para sus ratos tristes;  
hay quiénes sacan del bolsillo  
una seriedad de pañuelo  
y se la estampan  
antes de conversar;  
hay quiénes piden permiso  
para enamorarse,  
para taratear una vieja canción,  
para ir al baño;  
hay quiénes viven de prestado  
y cada día se cobran  
su cuota semanal.

Hay quiénes siempre caminan en puntillas  
Para no despertarse,  
y al dormir doblan sus sueños  
debajo de la almohada.

Hay quiénes jamás podrán morir  
porque nacieron muertos desde antes.

Una voz entreabre la puerta de la infancia  
donde juegan recuerdos  
suaves como la neblina.

Se despiertan las huellas  
y vuelven a susurrar el paso  
su paso de regreso.

De tanto andar a solas, se extraviaron  
los primeros recuerdos.

-Llegó la muerte.  
-Que entre, ya me visto.  
¿Lo ves, muchacha?  
Deja el lecho:  
no es  
para tu hermosa desnudez  
este reencuentro.

Poner el poema ante el espejo,  
quitar después las letras  
y dejar solo el verso.

¿Qué fuerza de la nada?  
nos dará el cristal,  
qué imagen del poema  
que no existe  
detrás de las ausencias,  
de todo los espejos desvelados?

La muerte va borrando  
el nombre de los hombres  
como borra el océano  
la memoria de los grandes ríos.

También el olvido  
se paga en las letras de las viejas tumbas.

El hombre –sólo el hombre–  
sabr  que ni siquiera  
quedará memoria del olvido.

Si camino siempre hacia adelante,  
un día llegaré  
al punto de partida.  
Así he sabido que todo camino del hombre  
es camino de regreso.

A veces me parece  
que soy un recuerdo de alguien sin memoria,  
la olvidada canción de un juglar loco,  
el sueño de un dios agonizante.

A veces me parece  
que soy otra figura de mi sueño,  
grito errante  
sin eco ya para su eco.  
O la muerte olvidada  
de otro que por olvido  
se quedó viviendo.

La noche.  
Necesité cerrar los ojos  
largo rato  
para inventar tu rostro  
y acomodarlo a mi desvelo.



Puede ser que vamos condenados  
lo mismo que vinimos,  
y así seguimos  
a ese absurdo voraz del otro lado.

Puede ser que allá nos encontremos  
frente a frente:  
el cielo debe ser, sencillamente,  
reflejo del infierno.

Ya no pregunto qué hora es,  
pregunto qué hora no es.  
El tiempo exacto para el hombre  
la muerte lo dirá después.

Algunas tardes  
a mi madre sus ojos le quedan  
ligeramente tristes,  
y es como una bondad total  
en la silla merecedora.

Esa manera de las cejas  
para atraer distancias,  
esa manera de sus palabras  
si apacientan recuerdos,  
esa manera de su voz  
si dibuja rostros idos,  
pasos y caminos idos...

Seguía desvelado  
Como un río,  
mi destino también era viajar  
y estar ligeramente triste,  
como un río.

Así supe esta noche  
que el río estaba triste  
porque siempre se iba.

El río, también, seguía siendo  
el más interminable adiós.

En ocasiones  
pasa por mi lado algún recuerdo.  
Yo lo veo pasar  
y le pregunto  
si esperó que un día lo invocara.

Algunos  
acampan a la sombra de mis párpados,  
otros ya no me reconocen  
o van de larga errancia,  
fantasmas de los hechos idos.

Porque saben  
que nunca llegarán al punto de partida,  
en ocasiones alzo la mano  
si pasa por mi lado algún recuerdo.

Los días más felices de la vida  
se han vuelto una retórica,  
pero tal vez existen  
momentos felices de la vida.  
Un viento frente al rostro,  
una cometa, un sol madrugador,  
un durazno maduro entre los gajos,  
un canto de pájaro al viento.  
La mano del padre  
que trazaba un camino en la memoria,  
o la voz de la madre,  
sus ojos sedantes al paisaje.  
Las páginas del libro de los viajes,  
el pulso conturbado  
en el primer hallazgo del amor,  
las mansas canciones de la siembra,  
el camino adelante,  
las voces del regreso,  
la gente en sus oficios cotidianos,  
una sonrisa, un ademán amigo,  
la flor humilde bajo el roble grueso,  
el río de aguas andariegas  
y el charco fatigado  
a la orilla de los grandes ríos...  
Lo que sería el hombre  
si el hombre no errara su camino.

Tan solo me encontraba,  
que nadie me veía aunque mirara.

Tan solo, que al buscarme  
tuve que preguntar y preguntar,  
preguntar otra vez para encontrarme.

Jamás supe, sin embargo,  
si era yo ese que preguntaba desconfiado.

El salto dejó su fatiga  
como un sudor de piel cansada:  
la vida,  
este resuello de los tremedales.

Yo soy el que invoca en la alta noche,  
el que soñó y aguarda.  
Sólo burbujas de dolor espeso  
marcarán mi fuga.

Yo soy el que se hunde.



Regaron el césped ya:  
crecen los pasos.  
Regaron el aire ya:  
suben los silbos.

No intentes reanudar mi mano,  
el hilo se rompe en nuestros dedos  
y se agrieta la voz  
como los pozos ciegos  
en el hielo del páramo.

No nos digamos nada:  
lo que pudo decirse está callado.

Desde esta noche  
empezaré a olvidarte  
único aporte mío  
para tu libertad.

Miramos  
tan intensamente al cielo,  
que en él recuperamos  
nuestra sombría  
vocación de péndulos.

Alguien regó el pasado:  
crecen voces, imágenes,  
fértil recuerdo al viento.

Alguien regó el amor:  
cómo crece el dolor,  
estrella sola.

Cuando la mariposa negra  
revoló en mi cuarto  
sus signos contrarios,  
tomé su vuelo y lo pinté de azul.  
así, azulada,  
la mariposa me trajo la infancia con alas.

Sonreías tú.

Creo que me hace falta  
tu mano entre mi mano;  
creo que me hace falta  
tu nombre entre mis labios;  
creo que si te olvidas de nombrarme,  
seré un hombre borrado.  
Creo que creo en el milagro.

EL VIENTO LO DIJO





A ratos suelo pensar  
una verdad sin reproche:  
pasar en vela la noche  
no equivale a madrugar.  
También suelo argumentar  
cuando estoy de buen humor  
otra verdad de cantor  
ligado a sus pareceres:  
conocer muchas mujeres  
no es conocer el amor.

Todos me dicen que viva  
de esta o de otra manera,  
todos me dicen que muera  
hacia abajo o hacia arriba.  
Todos dicen en qué estriba  
la brega que yo asumí  
desde el día en que nací  
para jugarme del todo.  
Dejen que viva a mi modo,  
nadie morirá por mí.

Si la muerte es como el mar,  
la vida es como la espuma:  
que se bañe con totuma  
el que no sepa nadar.  
Hay que aprender a saltar  
pues la vida es trampolín:  
ni diablo ni serafín  
se salvará en la redada  
que nos extiende la nada  
desde el principio hasta el fin.

Lo quiera o no, viajaré  
con el mundo o sin el mundo;  
todo ser es vagabundo  
del espacio, me lo sé.  
Aún ignoro por qué  
-hacia adelante, hacia atrás-  
nadie llegará jamás  
si a su destino se aferra:  
no pasa de ser la tierra  
otro vehículo más.

Después de tanto estudiar  
llegamos a saber nada;  
después de cada llegada  
volvemos a comenzar.  
Nadie deberá ignorar  
si en el estudio confía,  
que el hombre nunca podría  
saber nada de su suerte,  
y así encontrar en la muerte  
su mejor sabiduría.

Vendrás un día a mi casa  
de vino y pan en la mesa,  
y otra forma de tristeza  
que ni el olvido acompasa.  
El tiempo que todo arrasa  
dice la sola palabra  
que contra el tiempo me labra  
este afán de no andar muerto.  
Si mañana estoy despierto  
diré a mi puerta que te abra.

Amor es algo que un día  
llegará a nuestra morada,  
o es una cosa pasada  
que siempre asoma tardía.  
Nadie forme algarabía  
con su amar y su olvidar;  
uno y otro ha de pasar  
como si fueran inmunes:  
si toda la vida es lunes,  
no hay domingo qué guardar.

Para mis labios cansados  
de palabras y de besos,  
no me quedaban sino esos  
besos que me rehusabas  
del amor y otras mentiras,  
me mirabas como miras,  
como si fuera pasado  
este mi vivir al lado  
del silencio que respiras.



Muchacha de senos duros,  
no apresures tu caída  
pues el amor no convida  
sino en avaros conjuros.  
Rara vez están maduros  
dos senos y un corazón,  
los labios y la canción,  
un sexo y una constancia,  
el punto junto a la errancia  
o el reclamo en la razón.

Te daba el viento en la cara  
-los caballeros contra el viento-  
como si el golpe violento  
de aquel viento te violara.  
Para que se relievava  
tu vientre en temblor ardido,  
se te ceñía el vestido  
a los muslos y a los senos,  
con tan hondos desenfrenos  
que el viento siguió en gemido.

Aún recuerda mi guitarra  
las canciones de otros días,  
cuando tras las melodías  
iba el corazón de farra.  
Si hoy por hoy no se desgarran  
cuando la noche la llena,  
no es que aparezca serena  
sino que al fin aprendió  
a esconder, como hago yo,  
bajo el silencio la pena.

Por ser cierto lo del fardo  
que traemos al nacer,  
desde antes de caer  
camino con paso tardo.  
Iré sobre el barro pardo  
sin metro dónde acampar,  
sólo por justificar  
esta verdad medio trunca:  
el que no ha salido nunca  
tampoco puede llegar.

Mi canción andará sola  
por las puntas del camino,  
dejando al paso su trino  
donde la queja arrebola.  
Si un viento bravo la inmola  
tristeza más hondo el vuelo  
como el último pañuelo  
de la total despedida:  
tal vez le quedará vida  
para volar hasta el suelo.

Anoche vino la muerte  
a tomarme las medidas,  
pero no busqué salidas  
porque me sentía fuerte.  
Sin embargo el alma advierte  
que ser fuerte para huir  
cuando debemos vivir  
no es ninguna fortaleza:  
la debilidad empieza  
con fuerzas para morir.

Viajaré ya sin pensar  
si hay salida o hay llegada,  
porque la suerte está echada  
para salir o llegar.  
Sólo habrá con qué cantar  
el barro que me elimina  
cuando el ánimo se empieza  
para ver la oscuridad:  
estará la eternidad  
al cruzar la última esquina.





# SOLEDUMBRES



Según la manta es el frío,  
según la canción el canto;  
según el dolor el llanto,  
según lo tuyo, lo mío.

Muchas cosas traigo yo  
para ofrecerte, mi vida:  
este amor que se me olvida  
y el que ya se me olvidó.

Mi mano buscó tu mano,  
la tuya buscó la mía,  
y entre mano y mano había  
un temblor de amor lejano.

El amor tendrá un momento  
de ser amor y no espera;  
el amor tal vez sólo era  
repetirme lo que siento.

Este viento tibio, amaba,  
debió pasar por tu piel,  
porque se respira en él  
tu palabrita callada.

Siete lenguas vuelvo a andar  
si al final está tu boca,  
pues ya nada me provoca  
si no te puedo besar.

Por más que a veces intento  
calcinar me en el amor,  
encuentro mejor sabor  
el amor en fuego lento.

Imagino que te quiero  
por lo que no imaginé:  
por ignorar el porqué  
de saber por qué te quiero.

Me dio vergüenza saber  
que el corazón es un músculo...  
Entonces, ¿por qué el crepúsculo  
no lo ha podido entender?

Tomé tu mano al azar  
después de tomar tus senos,  
y entre tus senos los buenos  
ejercicios de soñar.

Si algún día me faltaras  
el cielo se nublaría,  
y la sombra alumbraría  
si algún día regresaras.

Si tuviera tan siquiera  
treinta años menos que hoy,  
te diría, donde estoy,  
los años que te quisiera.

Porque tu mirada ardida  
calcina lo calcinado,  
te quiero siempre a mi lado  
si estás desnuda y dormida.

Traías los ojos verdes,  
los calzoncitos rosados  
y unos senos asustados  
del amor en que me pierdes.

Si un poco de amor me piden  
un poco de amor daré:  
ya nunca preguntaré  
en qué forma el amor miden.

Aunque calle por el llanto  
que mi garganta entorpece,  
tu silencio, me parece,  
formará parte del canto.

Si pudieras entender  
mi manera de olvidar,  
en vez de tanto llorar  
te pondrías a querer.

Menos mal que estoy salvado,  
pues en tu carta decías  
hasta cuánto me querías  
antes de haberme olvidado.



PRÁCTICAS PARA  
EL OLVIDO



Puse tu nombre en el viento  
cuando empezaba a llover.  
Agua y viento han de saber  
lo que perdí en un momento.

Si mi amor no te dio nada  
mi olvido te dará el resto;  
con mi muerte, por supuesto,  
queda la cuanta saldada.

Pasabas de medio lado  
como no queriendo nada,  
y a la primera llamada  
se te caía el enfado.

No sé por qué no me atrevo  
a levantar rancho aparte,  
si podría en cualquier parte  
guardar las penas que llevo.

A las gentes les da miedo  
volver la vista hacia atrás;  
si preguntan “Dónde vas”,  
responden “Aquí me quedo”.

Cuando me enojo contigo  
con dos penas me mirás,  
y con otra preguntás  
las cosas que no te digo.

¡Pensar que nunca pensé  
que lo nuestro acabaría;  
¡Tanto como te quería,  
tanto como te olvidé;

No sé si fue idea loca  
la cárcel antes que el preso,  
pero entendía que el beso  
naciera antes que la boca.

De mí mismo me salí  
cuando solo me dejaste.  
Como todo lo llevaste  
no encontré nada de mí.

Cuando canta el corazón  
no se pone a inventar penas,  
pero sus penas apenas  
pueden ya con la canción.

Bajo la luna creciente  
tengo el corazón menguante,  
pues no hay nadie que se aguante  
un corazón impaciente.

A despecho de los males  
que le hiciste de un jalón,  
aún guarda mi corazón  
tus diez huellas digitales.

Dices que se irá perdiendo  
el amor con que te amé.  
No es verdad: si un día fue,  
por siempre seguirá siendo.

Como llorando en los ojos  
me dijo que se quedaba;  
que si yo no me enojaba  
olvidaba sus enojos.

Un barquito de papel  
pinté tras de tu retrato;  
después de buscarte un rato  
noté que zarpaste en él.

Ayer morí de repente,  
no me quisiste curar;  
hoy tuve que regresar  
pues tengo otro amor pendiente.

Después de verme en el suelo  
por culpa de tu partida,  
comprendí que la caída  
es la forma de mi vuelo.

Cuando me pongo a cantar  
jamás invento mi llanto,  
porque el llorar se hace canto  
si tengo por quién llorar.



Uno se envicia a vivir  
como se envicia a beber  
y al fin no puede saber  
si es otro vicio morir.

Corazón, no traigas penas  
de tu nuevas compañías;  
si no puedo con las mías,  
¡qué tal con otras ajenas;

Tan colmada de mí estás  
que al yo quererte me quiero  
y al esperarte me espero,  
y si muerdo, morirás.

Por olvidar que está lleno  
de soledad mi vacío,  
te busqué en un sueño mío  
y andabas en sueño ajeno.

Creo que anoche soñé  
con tu cara largo rato;  
por no tener tu retrato  
cogí el sueño y lo enmarqué.

## MANUEL MEJÍA VALLEJO

Nace el 23 de abril de 1923 en Jericó (Antioquia) y muere el 23 de julio de 1998 en El Retiro, por un derrame cerebral. Su obra narrativa describe la violencia civil y los ambientes populares: *La tierra éramos nosotros*, 1945, *El día señalado*, 1964 (premio Nadal), *Al pie de la ciudad*, 1958, *Aire de tango*, 1973, que obtiene el Premio Vivencias de Cali y es galardonada en la Primera Bienal de Novela Colombiana. En 1989 recibe el premio Rómulo Gallegos por su novela *La Casa de las dos palmas*.

Se exilió en Venezuela y Centroamérica, donde trabajó como redactor de planta de varios periódicos. De Venezuela fue expulsado en 1952, por sus editoriales en contra del dictador Marcos Pérez Jiménez. En 1956 obtiene los primeros premios en el XI Concurso Anual de Caracas, con *Al pie de la ciudad* y en El Salvador en el Concurso Centroamericano de Cuento, con *La muerte de Pedro Canales*. En 1957 regresa a Medellín.

En 1978 comienza a dirigir el taller de escritores de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Un año más tarde regresa a las lides periodísticas como colaborador del diario *El Mundo*, de Medellín. Entre 1980-87 recibe el honoris causa de la Universidad Nacional y la Orden al Mérito Literario en Cali. Es condecorado con la Orden de San Carlos por Belisario Betancur y publica un libro de coplas, *Prácticas para el olvido* y uno de Décimas *El viento lo dijo*. Entre 1990-91 continúa editando sus versos *Memoria del olvido*, sus coplas *Soledumbres* y la novela *Los abuelos de cara blanca*; en 1993 con motivo de sus setenta años, publica su último volumen de cuentos, *Sombras contra el muro*.

## COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango
48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera

50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Óscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apüshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somo las horas? Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa
95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo



Editado por  
el Departamento de Publicaciones  
de la Universidad Externado de Colombia  
en marzo de 2014

Se compuso en caracteres  
Sabon de 10,5 puntos  
y se imprimió  
sobre papel bulky de 60 gramos,  
con un tiraje de  
9.000 ejemplares.  
Bogotá, Colombia

*Post tenebras spero lucem*